INVENTARIO DE SOLEDAD

Italo López Vallecillos





ITALO LOPEZ VALLECILLOS, nació en San Salvador, el 15 de noviembre de 1932. Poeta, escritor y periodista. Autor de **Biografía del Hombre Triste** (Editorial Marsiega, Madrid, 1954); **Imágenes sobre Otoño** (Editorial Ahora, San Salvador, 1962); **Puro Asombro** (Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, El Salvador, 1970), todos estos títulos en la rama de poesía. En historia, género en que ha destacado por su erudición y acuciosidad, ha pubicado **El Periodismo en El Salvador** (Editorial Universitaria, Universidad de El Salvador, San Salvador, 1964); **Gerardo Barrios y su Tiempo,** obra que obtuvo el Segundo Premio, Medalla de Oro y Diploma en el XI Certamen Nacional de Cultura en 1965 (2 Tomos, Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, San Salvador, 1967). Diversos ensayos suyos se han dado a conocer en revistas nacionales y extranjeras. Ha sido catedrático de la Universidad de El Salvador y de la Universidad de Costa Rica; en este último país ejerció el periodismo y desempeñó el cargo de Director General de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), por espacio de cinco años. Reside actualmente en El Salvador. Escribe en periódicos literarios de América y España.





INVENTARIO DE SOLEDAD

COLECCION POESIA
Volumen 35

Hecho el depósito
que marca la ley.

Primera edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1977.

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145. San Salvador,
El Salvador, C. A.

ITALO LOPEZ VALLECILLOS

INVENTARIO DE SOLEDAD



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

Poesía, lírica, honda, zozobrante y lúcida, que afirma una vocación poética, una línea personal inconfundible. Desde su primer libro ("Biografía del Hombre Triste", Madrid, 1954), señalado por Vicente Aleixandre como un bello y hermoso testimonio, hasta "Puro Asombro" (San Salvador, 1970), López Vallecillos ha manejado una serie de claves y signos propios, contrarios a la imitación y a la copia fácil. Esta insobornable lealtad a sí mismo, en temas y lenguajes, "lo salva de clasificaciones caprichosas y lo coloca en la corriente de la mejor poesía de habla española contemporánea", según el juicio crítico del uruguayo Angel Rama.

Algunos poemas de López Vallecillos se han traducido al inglés, al francés, al italiano. Y antologías notables, como la de Mario Benedetti: Los Mejores Poemas de Amor de Hispanoamérica *(Editorial Arca, Montevideo) destacan la obra de López Vallecillos por su singular simplicidad, economía de recursos, depurada y efectiva expresión poética.*

INVENTARIO DE SOLEDAD reúne poemas escritos entre 1970 y 1972, todos dentro de un clima amoroso, vivencial, en el que se descubre la madurez del hombre y del poeta. Un hombre que con la prosa es polémico, incisivo, irónico, y demoledor; y, en la poesía, tórnase espíritu sereno, luminoso, receptivo, abierto, pleno de humanidad.

Con oscura nostalgia quizá pienses
que tu vida es materia del olvido.

Luis Cernuda.

RETORNO

A Salarrué, amigo y maestro.

Regreso. Siempre vuelvo.
Doy vueltas a un Círculo. Búscome.
Y extraño, solitario, no encuentro
la puerta de entrada ni salida. Pronuncio
nuevas palabras. Invento pájaros, primaveras.
Nieves y ciudades. Nada cambia. Advierto
múltiples planos, realidades sobrepuestas,
espejos, túneles,
ojos que retratan otros ojos,
labios que se abren y se cierran
y, en la búsqueda, no me dicen nada.
Voy. Vengo. Retorno. Caigo de nuevo
en el vacío. Y, conforme, al fin
vuelvo a empezar.
Yo sé que el tiempo
me arrastra a alguna parte.
Sigo en el Círculo. Amanece. Pronto
será de noche, y de día otra vez.
Tal vez mañana vuelva
o esté en retorno todavía.

TEMOR

Si les ombres sont plus profondes que du sang. Ou si le sang est beaucoup plus profond que l'ombre.

Noir retour à la vie

Saint-John Perse.

Toqué la oscuridad. Era el cristal
de un sueño remoto, inverosímil. Trozos
de miedo hallábanse, lado a lado, en el camino.
Todo tenía la apariencia de un bosque amarillo,
de heridas que no se atrevían a ser guitarras.

Nadie me tendió la mano. Todos estaban deshabitados.
Espectros de días, de años como maderas vírgenes,
hechos para ser el oscuro ataúd de esta flauta,
de esta canción florecida de instantes,
de espejos y rosas todavía imperfectas. Nadie
me vio. Nadie dijo una palabra. Y yo me marché,
exactamente como había llegado,
sin comunicación posible. Nunca más podré
ser el mismo. Un poco de temor quedó prendido
en mí, y es ahora la fiebre, el artificio
puro de vivir, de alzar el puñal tembloroso
cada vez que oigo llegar la oscuridad.

PATERNIDAD



I

De mis hijos puedo decirte que se parecen a mí.
Tienen el mismo aire de cuando yo era niño.
Me reconozco en un espejo. Y hasta un poco de orgullo
tonto me sale al hablar de ellos. Si tú los vieras
dirías que estoy cierto en el regocijo.
Es el descubrimiento de un mundo simple, redondo,
dúctil como los días. Amorosamente tranquilo como el sobresalto.
Vivo pendiente, como el pájaro o el jaguar, de lo que les pasa.
Tú tal vez entiendas y hasta perdones este amor de padre confeso,
de solitario que halló lo suyo en la ternura rastrera y cotidiana.

II

Tienes que venir a conocerlos. Mis hijos son la casa, el bosque.
Cuando los oigo correr o pelear entre sí, o lanzarse lo que tienen a mano,
siento que es maravilloso vivir, dominar

la fatiga de los trabajos absurdos, irremediablemente
necesarios. Mis hijos y yo somos lo mismo. Un mínimo círculo.
Inventamos el día y la noche. Ponemos nombres nuevos a las cosas.
Cubrimos de rojo el viento, la lluvia, el sueño.
Es nuestra la música, el silencio, el color
que despierta en la rosa. Son nuestros los arcoiris del tiempo.
Construimos pájaros y soledades. Todo el rumor
del mar se calla. Y en los caracoles
guardamos a Peter Pan. La dorada flauta
que un día nos hundirá en el mar.

Todo es un sueño fantástico: la posesión del milagro,
la infancia recobrada, los juguetes viejos, limpios de amor,
sacados de no sé qué extraño rincón del tiempo.
Carrouseles de olvido,
vueltos de súbito a girar. Y junto al minuto detenido,
los hijos cantan, ríen, lloran,
o están por allí pintando las paredes, rompiendo las páginas
de algún libro amado, jugando a los caballos con escobas de palo,
disfrazados de policías o bomberos, soldados o astronautas,
pequeños bandidos que han asaltado a saco mi tranquilidad.

III

Tienes que venir a jugar con ellos.
Yo no los puedo encerrar en casa. Luego escapan.
Huyen como pajarillos o como mariposas de un sueño, de una fábula.
Grimm o Andersen el Viejo entenderían, como yo, el lenguaje
que inventan. Todo anda al revés por ellos. Hasta mi corazón
aventurero halla sentido en sus gestos. El mundo mismo,
la paz y el socialismo,
se explican sólo por esta mansedumbre, este gozo, esta alegría
de ver crecer a los hijos con amor.

ENIGMA

No sé si mi alma
está hecha de agua fresca
o de girasoles
que surgen con el día.
Me afano. Me pregunto.
Y beato y solitario,
en las murallas de la noche
escribo NO LO SE.

Deambulo. Voy de la materia
a la idea. Del pensamiento
al estiércol. Profundizo. Divago
entre mis libros. Busco antiguos
diccionarios. Me asesoro con Buda.
Hablo con los profetas.
Leo el Corán y otra vez la Biblia.
Nada lava mis oscuridades.
Y en todo lugar respondo:
NO LO SE.

Caben en mí los enigmas.
Y también las respuestas. Mas tengo
la certeza
de que todo lo sabido, bien sabido,
se irá conmigo un día. Y será otra vez
polvo, piedra sin memoria, árbol y raíz
de alguna idea, débil pensamiento que hoy
escribo en plena oscuridad.

Eso me basta. Aunque
la lluvia pertinaz, eco de mi propio rumor,
repita categóricamente
NO LO SE.

COMO SI FUERA CIERTO TODAVIA

I

Hoy llegó tu carta. Me preguntas
si todavía escribo. Si voy como antes
en busca de pájaros y niños.
Si no he perdido la costumbre de soñar.
Si estoy brumoso en mis propios misterios.
Todo lo preguntas. Y yo sigo aquí,
a miles de kilómetros, sin responderte.
Hecho una hoja de silencio. Aislado.
Pozo de fuego. Barco al que quitaron
las velas y está anclado
en rada miserable, perdida la esperanza
de naufragar.

II

Sería fácil responder tu carta. Inventar
una excusa. Decir, acaso, que llevo
tu pañuelo en la mano

como cuando me despedí lleno de amor,
derramado en el aire.
Mentir tu recuerdo olvidado en mis libros.
Hablarte de ciudades y fechas
que borró para siempre la memoria.

III

Lo mejor es callar. Beber el gozo
de tus palabras, como si fuera cierto todavía.
Tal vez mañana mi corazón
vuelva a encontrarte, ya niebla tú,
y yo viento de silbos solitarios.

Hoy no. Hoy no estoy preparado.
Debo primero doblegar la espiga.
Hallar el sueño aquel que alucinó
mi vida. Volver a ser el náufrago
de la poesía: el pan dorado, la estación
sin término, el puro hallazgo donde
el camino acaba.
Esa extraña pasión que sólo yo comprendo.

MAÑANA

Detrás de ti, la niebla,
el corazón duro y cerrado
sin más esperanza
que la noche. Intacta
tu presencia
aquí, junto al desvelo.

Eres y no eres
la frágil sombra
que persigo. Deja
de huir. Queda
un instante. Acércate.

Mañana, cuando todo haya
concluido, dirás
dulce y lejana:
me amó, el bandido.

LEJOS DE LOS QUE AMO

Le monde est ma prison si je suis loin de ce que j'aime.

Outre mesure.

Pierre Reverdy.

I

Hoy domingo, lejos de los que me aman,
perdido en estos valles
que recuerdan otros tiempos,
sin Tagore conmigo,
y un poco adolorido de haber dejado
el lugar donde me llaman.

II

Rodeado de Fabián, Cecilia
(su dulce compañera),
Rogelio
ídolo hindú,
leyendo el alfabeto de las hojas,
deletreando
el murmullo de los ríos,
undívago en la rama de los árboles,

ciego en la luz que se desprende
vertical. La palabra difícil
como es natural
cuando me encuentro triste. Recordando
ciudades, pensativo
en mis lluvias, sin nadie que responda
a mis desvelos. Presente y a la vez lejano.
Rodeado de amigos
y de colores que en el bosque se hallan.

III

Mas hay una nube, un pájaro impreciso,
una flor herida en manos de Cecilia,
y hay unos niños que corren tras la brisa.
Esto solo me salva:
la flor, los amigos, la fuga de los niños,
ahora que estoy lejos de los que me aman.
Y amo.

COTIDIANO AMOR

I

Es tarde. Cruza un pájaro
por el aire
de no sé qué extraño recuerdo.
Voy a casa, puntual,
y entre las manos tengo
las guías turísticas de exóticos
viajes que jamás realizaré.
El camino es oscuro, familiar.
Se diría que lo he hecho yo, paso
a paso, como la gota terca
que horada, al fin, al tiempo.

II

Un poco de ceniza baña
hoy los árboles,
las casas,

los andenes derruidos, gastados
de tanta vida y tanto afán.

Me conmueve tu carta
que llegó sin fecha,
y recuerdo la playa olvidada,
el mar centelleante
que aún espera en algún sitio mi fuga,
mi decisión de velamen y náufrago incorregible.

III

A pesar de todos
los obstáculos: el viento,
la noche, la nieve amada, las primaveras
traidoras,
yo sé que allá, lejos del hastío,
están las islas del prodigio
y la fábula,
los árboles rojos, las montañas
azules, las nubes amarillas, las casas
casi estelas de mar, los hombres
dorados y las mujeres ciclamen,
la sinfonía del color
que nadie ha oído, ni visto,
y es como el negado paraíso,
la tierra prometida, la unión
clara y precisa del sueño con el tacto,
del ojo con el sol,
de la mariposa y la flor,
del fulgor con la esperanza.

IV

Es tarde. Doblo la esquina.
Y un coro de niños, los míos

a la puerta de la casa,
me toman del brazo, me llevan
de la mano, me besan,
me cuentan sus historias triviales,
y una muralla borra, de golpe,
mis viajes indecisos,
y no soy más Gauguin, ni Van Gogh,
sino el mismo poeta que, tarde a tarde,
camina su vida por este camino
y cuenta,
a falta de grandes acontecimientos,
estas cosas cotidianas y simples.

SOBREVIVENCIA



En los cristales de la ventana
tu rostro, tu risa.

En mi corazón sólo el recuerdo
la aproximación por la palabra
y la música, el adiós que no dije,
que no dijiste, y aquella mirada
que hirió para siempre mis versos.

Después, claro, la sobrevivencia.
Los días amparándome,
abriendo de par en par sus aires,
y siendo más míos que antes de conocerte.

No sé hoy dónde estás. En qué mar
desnudas tu silencio, ni qué haces cuando
las rosas (las rosas amarillas, recuerdas)

te hablen de mi amor alucinado.
Tal vez leas a Erich Fromm,
a Freud, al viejo Marx,
qué sé yo. O quizá, en la noche,
te asalte el arrepentimiento, la duda,
por este amor que tocó tu puerta,
y la halló cerrada
bajo las llaves de un sueño imposible.

Voy en tu búsqueda. Ignoro
los caminos que conducen a tu alma.
Salgo a las calles y recorro tu cuerpo
de muchacha sencilla. Me siento en los parques
y veo cómo se agita la sombra
de los árboles que en vano
elevan sus ramas a la nube y a la estrella.

En el cinematógrafo, pequeño mundo de soledad,
me hago acompañar de ti. Imagino que estás
o que has ido o que vendrás dentro de poco.
Todo lo disipa la tarde. Las luces de la ciudad.
El claxon de los autos. Los caminos tan solos.

En las vitrinas de los almacenes
veo tu rostro y el mío, confundidos entre ropas
y juguetes, borrosos entre anuncios y maniquíes,
próximos y lejanos en ese juego de espejos
que la imaginación crea para mi sobresalto.

No estás. Y sé que no vendrás. Me niego a olvidarte.
Y adonde quiera que vayas

seré el viento desnudo
que se enreda en tu pelo, el agua que bebes,
la mañana que te despierta, la almohada
que conoce tus secretos. Y en medio de la noche,
mía y tuya la esperanza,
haremos de nuevo el mundo,
sin soledad, sin calles abandonadas,
y sin que nadie tenga que buscar su amor
entre los maniquíes
y el ruido de los claxons.

NADA ESPERO

Nada espero. Llegué a tu vida fuera de tiempo.
Náufrago del milagro. Extranjero que en el viaje
de retorno quedó ciego, y apenas puede narrar la historia,
la fábula de otros climas y otros cielos,
el azul de ciudades en el viento impreciso.

Nada espero. Acaso que esta forma, esta manera
de sentir, honda y extraña, sea el ritmo,
el pulso, la música que un día lluvioso
te negaste a soñar. Y estés cierta, iluminada
en tu propio silencio, de que sólo el amor encadena al amor.

Nada espero. Soy el extraño que pasa. Tu puerta
no sé por qué la encuentro cerrada. Musgosa
de cerraduras y leves resquicios. Amurallada estás
contra el amor que para ti es el olvido. La noche

en tus ojos se levanta, y el corazón, tras la ventana,
esconde su melancolía. (Vivaldi únicamente
conoce mis secretos).

Nada espero. Cabe en mis manos tu mirada,
esa forma tuya de huir, de escapar a hurtadillas.
Cuando dices no, tiemblas como la brisa,
rompes el sueño y desapareces, borrosa,
entre la tarde y los caminos. Así te vas.

Nada espero. Sabes que soy el mar, la vida,
la muerte aún sin dormir, el fulgor
que te acecha, el tiempo que te recorre
de la cabellera a los pies. El amor negado
que se esconde en tus senos. El temor al olvido.

Nada espero. Llegué a tu vida fuera de amor.
Déjame ser sólo este espejo, esta sombra,
este tiempo que se marcha
a otra parte.

CLAVE MAYOR

A Vicente Aleixandre.

No hay Principio ni Fin. Uno y Todo es lo mismo.
La vida es el milagro entre lo vivido y lo soñado.
No hay error. Toda la cuestión está en llenarse de amor
cada mañana, en ganar la guerra al tiempo, y en saber
encontrar la llave perdida de las ciudades que llevamos dentro.
No hay que dejar que la tristeza se apodere de la palabra
que nos fue prestada. Porque ay de los fantasmas
de la melancolía, rondando los espejos, metiéndose en los rincones,
apoderándose de las corbatas y los antiguos pañuelos,
ay de los agujeros por donde entran desnudos los presentimientos,
ay de los muertos que nos vigilan desde sus tumbas sin epitafio;
ay de los metales y las amargas raíces
de donde emerge la memoria, el otoño olvidado, la calle que perdimos
definitivamente para siempre. Ay de los recuerdos
que nos conducen a alguna esquina sin tiempo donde fuimos
los solitarios en medio de la muchedumbre. Ay de lo hundido,
maderas que hoy flotan a la deriva en el mar, anillos de ciega
pesadumbre, tabernas donde bebimos noche a noche el desasosiego,
ay del miedo sólo de amarrarnos, de anclarnos a los cuidados
y los mimos de algún fuego cordial, desesperado.

No hay que dejar que la vida nos derrote. Impongamos
la condición de la aventura. El amor sobre todas las cosas.
No hay principio ni fin. Solamente el recorrido, el paso
ileso por meses y estaciones, la infancia poblada de arlequines
y símbolos, el amor adolescente, simple y menstrual,
la dura anotación manchada de esperanza y el reposo total,
reducido a ser o no ser. Hundirse o elevarse ante la Nada.
Una mera ecuación sin resolver. El ir y venir inexorable.
El amanecer y el anochecer, y entre la sombra y la luz,
el leve instante que nos hace temblar.

PARA MI ERES BELLA

Ora la donna mi apparve senza piú
veli, in un pudore naturale.

Scoperta della Donna.

Giuseppe Ungaretti.

I

Para mí eres bella. Surges del fuego
recién descubierto. De los espejos. Del mar.
Como Venus eres amorosamente deseada.
Todo nos separa. Todo menos la desnudez
de tu cuerpo, el aire tibio de tu cabello,
el milagro de tu sexo en mi alcoba.

Cuando sales del baño, cubierta apenas
por la espuma de jabón, deslizándose en ti
el agua tersa, a contra luz el sol inmóvil,
yo soy de nuevo el niño de ojos olvidados,
el que recobra sus ayeres, la inocencia
apagada en alta noche.

II

Para mí eres bella. Cuando te entregas
con todos tus poderes, no queda en mí

la duda ni el sobresalto, eres el encuentro
mismo de atávicos destinos, la llama florecida
en el bosque, el amor de la madre que no tuve
o de la novia imposible que encontré en los lienzos
de El Bosco.

Ahora entiendo por qué la razón sucumbe
y se impone el sexo diáfano,
universal, abierto río sin cauce,
mar sin orillas,
creador del caos, de génesis frutales
olorosos a muerte y a resurrecciones.

III

Ahora comprendo por qué, a tu contacto,
ignoro a Beethoven, a Bach, al plácido
Virgilio. Y Séneca torna gris la letra.
Ahora sé por qué pensar
es el agobio mayor. La vida en amarillos
infolios. En rollos de papel. Manuscritos
absurdos, indescifrables. Ahora sé
que la mujer es el mundo, el amor ilimitado.
La fuente virgen. El chorro de luz.

Ahora comprendo la trampa de la biblioteca.
La meditación que te lleva a la meditación,
al hoyo de no sé qué ruinoso comentario,
a la llama silvestre. Monumento. Estatua.
Al silencio de alguna flor rebelde, música o poesía,
y a la lluvia, y al viento, y a la campana
fundida y vuelta a fundir para el llamado
de las mismas oraciones y las mismas muertes.
(Ves cómo trato de entender).

IV

Un mar nos recorre, aunque evidentemente
somos distintos. Polos de un universo menor.
La poesía, dices, para qué. Y te conformas
con amar al hombre que hay en el poeta.
Ríes de la cultura y de los cultos. Nada te importa
la tradición. No existe para ti Bizancio.
Y de los griegos sólo conoces a la dulce Afrodita
y al incorruptible Baco. Llamas a las cosas
por su nombre. Y no te detienes a pensar
en los imperios, pues más te interesan
los emperadores. Siempre repites que el mundo
debe estar hecho de hombres que amen
y sean amados. Los dioses no existen.
El amor es para ti lo vital, lo perdurable,
y, el lecho, la vertiente de todos los océanos.
El punto crucial. La cuestión indiscutible.

V

No sé si estarás en lo cierto. Dudo. Temo.
Por instantes rompo mis espejos. Quiebro
mis laberintos. Hállome en cerrados túneles.
Doy al instinto bridas y potros mitológicos.
Descubro las pasiones prohibidas, las que nos salvan,
las que nos hacen hombres de verdad,
machos de la civilización, bestias expulsadas
que el refinamiento ha terminado por corromper.

VI

No sé si estarás en lo cierto. Contigo recobro
mis sosiegos, los azogues multiplicados,
la paz bíblica negada una y otra vez.

Gano el desafío a Dios. No necesito volver
a leer libro alguno, ni me hace falta la música
sagrada. Vuelvo al estado primitivo.
Hasta el lenguaje,
bárbaro elemento, se transforma con tus ternuras
y tus desnudeces. Olvido todo. Extrañamente
quedo en blanco. Como si comenzara otra historia.
Excepto que esta vez no huyo de la serpiente,
ni de la vid. Es el amor sin remordimiento.
Y quedo dueño, en pleno caos,
de la vida y la muerte. Para mí eres bella.

VOCACION



I

Caía la tarde breve rosa de oro. Y, salvaje,
el pensamiento se despeñaba río abajo.
El silencio arriaba su bandera y diluía
su terquedad de ruina. Yo venía del Sur,
lleno de mar, enamorado de las palabras
AHORA o NUNCA. Era la plenitud del bosque.
La vida en torrente, sin cauces, la perfecta
luz. La noche virgen. El brumoso amanecer.

II

Tenía el alma tersa, hoja recién
lavada por la luz. Y era mío el tiempo
con su terca condición de sombra. Ningún
camino era cierto. La piedra y los días
se doblegaban a mis ímpetus. Y mi casa

era la vida. El ritmo, la persistencia
de la memoria, el tránsito preciso
por calles que otros antes habían recorrido
y hoy eran mías como la fruta de un recuerdo
y pasarían a ser después la fracción de un segundo,
el ruido de un auto, la sensación de una puerta
que se abre o se cierra, el fogonazo de un día
muerto, la perspectiva de una ciudad que de pronto
queda abandonada o es ya un cementerio
de ecos, de jardines difusos.

III

Mi existencia transcurría
bajo el tremendo emblema de TODO o NADA.
Tal era mi vocación de fuego, sin temor
ni angustia. El río sólo, la nube, la hoja
voladora. El desafío de ser. De reventar en fruto.
Y germinar en semilla, una y otra vez,
para justificarme. Y cumplir esa cosa absoluta
de vivir y revivir, de morir y renacer
en otros seres, en otras plantas, en minerales
que habrán de constituir mañana el camino
que no fui, la tabla que naufragó, el pájaro
que se robó mis alas, el asombro sin ojos,
la montaña que quise ser, la lluvia
y el verano de tantos incendios en plena
primavera. El *TODO* o *NADA*
que enarbola su bandera de rojas
esperanzas.

LITOGRAFIA

A José Emilio Pacheco.

Flor de invierno. Llama del camino
que, de pronto, incendia el bosque.
Gozo exacto del año que se va. O se fue.
Música que canta aturdido el corazón.
Flauta de las estaciones. Ríos que todos
queremos reconstruir. Ciudades como puentes
o libros, litografías del tiempo. Borrosos
recuerdos de calles, casas de altos balcones,
y enredaderas como catedrales. Sueños
que jamás serán destruidos y son
nuestro propio verano, el pan
que quisimos repartir, y se nos quemó
una tarde sin lámparas ni adioses.
Y han quedado grabados en el ojo
y nadie podrá borrar, sino el pintor,
el poeta o el músico bajo el duro peso
del aire, el fuego, la lluvia
y lo imposible.

ARS VIVENDI

I

Hay que destruirse. Incendiarse. Romper con los recuerdos.
Asaltar el crepúsculo. Robar la rosa extraña del jardín.
Vivir en la violencia y no en el gris. Convertir
el tiempo en pasión, hiedra sutil devoradora.
No huir jamás de la mujer ni de la poesía,
difíciles, pero reconfortantes.

II

Sea densa la palabra: piedra
sobre la que se pueda edificar, no arena
para la flor inútil. Dócil muerte, al acecho.
Látigo sobre el silencio. Doncella infiel
en primavera. Vino para la noche ciega. Ventisca
y fuego en el hogar. Leve luz sobre la letra impresa.
Idea que penetra más allá del ojo, y se establece
en el aire y en la rima. Verso desnudo, dolido de soledad.

III

Sé ladrón de atardeceres. Guárdate las lluvias finas.
Y en ocasión, espléndido, regala tu ternura. Destrúyete.
Incéndiate. Vive la hora sin remordimiento.
Nada te turbe. Nada, digo, sino la hondura de vivir,
de amar, de estarse como cielo herido,
a la ventura y en la certeza de ser sólo
la llama ciega, el claro acierto del peligro,
la vida sin temor a la Nada.
Barco apenas desplegado en el mar.

NO ES EL MAR

I

No es el mar, es tu corazón
el que yo siento
junto a mí.
Báñome en tus ondas.
Me aventuro. Voy en busca de la luz
que en ti se esconde.

II

Advierto la intranquilidad,
el flujo y el reflujo
de tus íntimas motivaciones.
La persistencia en ser ola,
espuma, un poco de color
repitiéndose

en la playa. No, no es el mar,
son tus ojos,
tus manos llenas de símbolos,
y el instante cerca de ti,
cristal
de un sueño que no termina
nunca.

III

Corazón, mar, tibio
alero que sólo en ti
yo alcanzo.

LENGUAJE

Hoy vino de amarillo.
Llenaba de color la casa. Iluminado
el rostro, oculto en mis temores,
traté de decir con el silencio
que la amaba. Sé que no me entendió.

Ambos evadimos la hora, el instante.
No quisimos hallarnos frente a frente,
descubrir lo que nos une o nos separa.

Somos tan distintos. Tan dispares.
Ella fuego hacia adentro, mar prisionero.
Yo madera que arde, arena insaciable,
flauta y aire ilimitados.

¡Qué terrible lenguaje,
este de hablar, sin las palabras,
al puro instinto de saber que ella lo sabe!

CONTRAPUNTO

A Silvia.

Qué ingenuidad la del pájaro
en ser sólo viento.

Qué persistencia la del mar
en ser sólo espuma.

Qué dureza la del tiempo
en ser sólo sombra.

Qué maravilla la rosa
en ser sólo el instante.

Qué claridad de lluvia
en ser sólo ausencia.

Qué tortura la mía
en ser sólo el poeta.

NADA ALTERA EL RUMOR

I

Nada altera el rumor: el mar
circunda las fronteras
de pétreas y lluviosas ruinas.
El aire hosco, sensitivo,
baja por túneles
que antes fueron cóleras
intactas, hogueras, espadas
de humillación. Nada separa hoy
la hiedra del áspid,
ni la manzana núbil
de la voracidad salvaje ¡Qué virtual
es, así, el día y la semilla,
el polen y sus cabales milagros!

II

Nada altera el mar: el polvo
es sólo una voz. Una extraña estación,

los pasos, el nombre
de algo inexistente.
Busco en vano la identificación,
la clave,
el sueño remoto y el polvo entonces
se torna llama, fiera que va y viene
sin rumbo, al acecho,
mariposa que roe la noche y devora
los sexos de alegre primavera.

III

Reina el polvo, la luz rota, la dispersión
de las estaciones. Y el grito es apenas
temblor,
iniciación de la lluvia que hace crecer
el aire, la equivocación misma
del otoño. Hoja amarilla,
ojo de animal prehistórico,
que vive aún en nosotros, sin saberlo.
Reina el polvo.

IV

Nada separa hoy al hombre
de la Nada. La distancia, el miedo a Dios,
es sólo la muerte. El accidente de no ser
y pasar, de súbito, a enriquecer el humus mineral,
la floración misteriosa,
el testimonio feroz del Círculo
que expande el aire, y el polvo devorador,
siniestro.
Nada separa la Nada de lo Absoluto.



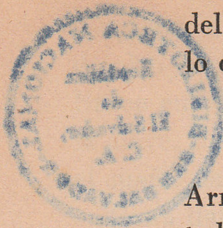
ARRIBA, ABAJO

A Rafael Menjívar.

Arriba, lejos de mis pies
las nubes errabundas. Oculto el sol
tras días de apacible espera.
Lluvioso el corazón arrepentido
y, dura, inexpresable la palabra.

Abajo, aquí la tierra, el sustento
de todo lo que pienso. La realidad
que sostiene la poesía.

Y entre las nubes y el polvo
que camino, yo,
el solitario,
el hombre de la duda,
sin Dios,
apenas equipado con unas cuantas
lágrimas
y la breve sonrisa de estar seguro
de lo incierto,



del viento que arrastrará un día
lo que pude tener y nunca tuve.

Arriba, abajo,
todo el milagro de vivir
desesperadamente.

TARDE DE LLUVIA

A Roque,
donde se encuentre.



I

Tarde de lluvia. Sin escape.
Gris todo. Enfundado en mí mismo.
El corazón dolido de caminos,
sin encontrar la clave, el ritmo
del hallazgo, y preso y desterrado
de ti que eres la poesía,
el sol reventado en los rosales.

II

Tarde de lluvia. Intemporal.
Río que viene a mí para dejar
sólo el rastro, la huella
tímida de tus pasos
de silvestre corza. Tarde hecha
de soledades. Herida de alguna
sombra que se niega a ser muralla

o filo de navaja, y es tan sólo
la niebla, el frío,
el vacío de los relojes
de este pueblo tranquilo
sacado de una estampa de Brueghel.

III

Tarde de lluvia. Sin puentes.
Sin puertas ni ventanas. Paredes
altas en los cuatro costados.
Y arriba, afuera, toda la vida
rota, hecha granizo,
gotas de un vivir vivido, irreparable.

Invierno que pudo ser
la culminación de tantas primaveras
y ha devenido en la metafísica de una canción
que nadie habrá de cantar por desolada.
Y por que, finalmente,
a quién interesará una tarde
de lluvia en la que no se encuentran
ni los sueños ni las lágrimas
de la mujer amada. Y en la que uno
no es, no quiere ser, para escapar
sin norte convenido.

GARE D'ORSAY

A Reynaldo Galindo Pohl, presente en mis viajes.

I

Aún te veo en Gare D'Orsay, despidiéndome.
La bruma niebla los sentidos. El cogñac desata los asombros
y, de pronto, está allí todo París:
las calles que amo, el Sena, los puentes,
los boulevares que la muerte no ha vencido.

El aire, potro alucinado, recorre Saint Michel.
Nada detiene su desnudez, el fuego
que enciende los antiguos rostros.
La luz derrite
su amor en los tejados.
Y va suelto el aire en sus crines, mojado
de plata y primavera.
Yo estoy en él sin equilibrio, transparente,
lúcido en la embriaguez. Desnudo
como quisiera vivir todos los días.

II

En Poissonniere y Clichy busco los imposibles ritmos.

La imagen, madre de los espejos. La clave que todo lo contenga.
El agua que quite la sed para siempre. Y esa pequeña muerte mía,
que llevo conmigo a diario, hiriéndome y desgastándome,
el sueño que me ha soñado por años y yo perdí, desmemoriado,
en los caminos. Exactamente. En busca de lo mío,
de lo que me robaron, de lo que me quitaron de los bolsillos,
sin darme cuenta que era la luz con que se compran
todas las vidas, todas las muertes, todas las raíces y todos los vinos.

III

Estoy en París. La ciudad surge de la fábula (veo una dama con un joven
en un jardín, y la música que se oye viene de lejos y es de flautas
y gorriones). Sé que este no es el tiempo de los violines, sino de los
[tractores
y la guerra. (Ayer mismo bombardearon Cambodia y murieron
diez mil niños bajo el terror del Napalm).
Lloro quizá por ello, pero la fábula sigue.
(Dónde están los capuletos, aquellos que aquí en estas mismas piedras
pulieron su soledad, como yo, y no encontraron sino un pequeño agujero
por donde escapar hacia el olvido).
El tiempo de ayer sobre el tiempo de hoy. Y entre ambos, esa pequeña
[lágrima
de Dios: Saint-Germain des-Prés. El silencio que mata de golpe
lo profano. El arte perfecto. La rosa multicolor que crece y crece.
Y no muere jamás. (Villon anda hoy mismo con una guitarra, y en sus
[manos
de amarillos espejismos ya no la gota de poesía, sino la desesperanza).

IV

Estas calles están construidas para el milagro. La resurrección
de los pecados. Todo en ella parece detenerse. Danzan
a coro extrañas parejas, salidas del medioevo. Oyense gritos

en medio de fogatas. El rito es el mismo. El aire toca
la quietud. Después de la orgía queda sólo el reposo, solemne,
de Saint-Pierre-de Montmartre, en su vigilia de santos y madonas.
(¿Dónde estarán San Luis y Margarita de Provenza que todas las mañanas
iban a Notre Dame, cortaban los lirios del día
y los ponían uno a uno en el altar hasta que lo llenaban de ángeles?).
Hablo del reino pasado. Mañana otros hablarán del nuestro.
Y quizá ni siquiera subsista ese pequeño orgullo
de los viajes inter-planetarios. Ni las guerras que hicimos. Acaso
tan sólo nos recuerden por esa temblorosa
soledad del astronauta,
de cara al misterio, vencido el artificio del tiempo y del espacio.
(Aún así persisten los cirios, delgados y trémulos, en manos de
Margarita de Provenza).

V

Estoy en Gare D'Orsay. Desde la nostalgia veo la rue St. Severin,
la capilla fantasmagórica, y aquella muchacha de delgados trazos,
hecha a golpe de luz, burilada en la niebla
y toda ella champagña, espiga, ángel escapado del Louvre.
(Renoir y Cezanne conversan
mientras el sol rompe los grises
que el atardecer sostiene en los rincones).

Camino por Montparnasse. Y en los cafés escribo
postales, embriagado de nombres y epopeyas,
lo que la imaginación levanta hasta el asombro.
Más allá está la Tour Eiffel tocando con sus agujas
el algodón blanco y negro de las nubes. El aire huidizo y pálido
que descansa en las cúpulas del Sacre-Coeur de Montmartre (Oh
[persistencia
de la memoria ¡Bizancio aquí en París! mientras Vallejo ambula el pobre
con Georgette calle abajo sin su jueves
y con sus huesos húmeros).

Desde la Place de la Madeleine
la noche trae amortajado el silencio. Es la acumulación
de las estaciones, el crepitar de años y hombres que fueron,
estuvieron aquí, levantaron su vida como altas columnas
y luego dejaron de ser en una transposición de planos,
de rostros confundidos, de manos y gestos irrepetibles. (Todavía se oyen
los pasos de Napoleón en Fontainebleau
y los de Luis Felipe en el Obelisco de Louqsor
las risas y las canciones de Jean Pierre Valois).
Va también Monique Duffy a la Sainte Chapelle, toda ella blanca,
descalza, mientras en los vitrales
el amor suelta sus desnudos presagios.

Aún te veo en Gare D'Orsay, despidiéndome.
El tiempo se ha detenido como una lágrima.
No voy ni vengo. Floto en el recuerdo. Y conmovido
escribo esta carta desde la rosa perfecta del olvido.

Nueva York. Junio 1972.

MIS ENEMIGOS

A Carlos Martínez Rivas,
solitario irreductible.

I

Mis enemigos son la lluvia, los caminos. La leve ascensión
del pájaro, ebrio de ti, y el día pleno a la deriva.

Mis enemigos son el viento, el polvo, la piedra y el fuego,
unidos en el filo de sus transparencias.
La nieve gris en los venados y la luz, llama vertical, sobre el asombro.

Mis enemigos son los días que pasan arrastrando la muerte,
la lámpara que el dedo ciego apaga en la penumbra.
La soledad de los jardines. Y ese murmullo encadenado,
puerta a puerta, que conduce al mar, al aire, a la tormenta.

II

Ante ellos, oh enemigos rabiosos, el corazón vuélvese
la recriminación, la furia azul, la pasión feroz de la mariposa.
El sueño de la grama. El blanco preciso de lo impreciso, sin nombre.

El ojo herido. La mano que desata el desafío.
El vaso donde bebo la nupcia de mis propios desatinos.

III

Esos son los elementos con que afirmo mi condición.
No el miedo al más allá. No la ambición que hace mío lo tuyo.
No la casa, que no poseo. No la fama. Ni siquiera el reposo,
la dorada tranquilidad de Horacio. Nada de ello pretendo.
Tan sólo dominar la oscuridad. Construir el lenguaje del insomnio.
Aprisionar la belleza. Poseerla. Vivir mi tiempo difícil, sin protesta.
Vivir la vida que es sólo espuma transparente, tránsito de la oruga,
multiplicación de la arena. Pequeña muerte sin párpados,
terrestre arquitectura de antiguas existencias,
construidas y reconstruidas precisamente con estos elementos:
aire, agua, polvo, fuego y obstinada soledad.

CUANDO LEIA A PROUST

I

En aquella época sólo leía a Proust.
Eran días grises. Vivía al aire
doblegado por el peso de un trabajo absurdo.
Había perdido la inocencia. Y la infancia era
la niebla en los ojos, la lluvia, los rincones,
la madre ausente, lejana desde siempre.
Iba sonámbulo. Derruido. Hiedra de arrepentimiento.
Las horas, unas tras otras, escapaban
entre tazas de café, largas conversaciones
con damas de altas cofias y manos felinas
y el amor, el dulce amor perdido,
no era sino la alcoba, los espejos,
la furtiva reunión
en parques y jardines vacíos. El aire
me negaba sus azules designios.

II

Ciego estaba en medio de la luz. Y no obstante
la vida no tenía sentido. Vivir era
agonizar. Tejer y destejer los mismos sueños.
Guardar la noche bajo la dura almohada. Y no saber
al breve amanecer, si empezaba otro hastío,
otra desesperación mayor.

III

Alguna vez quise detener la avalancha. Hacer mi isla.
Guarecerme en otro libro, en otro sol. Hallar
la ferocidad de los años perdidos, aquella violencia
engendradora,
violadora,
creadora,
amadora,
soñadora,
que tenía el prodigio de construir
la vida múltiple
sin apoyo de nadie. Encontrar la violencia olvidada
en algún camino, en alguna casa de prostitución,
en algún mes que la memoria se niega a nombrar.

IV

En aquella época era inútil pensar. El tiempo
era la mecedora exacta de la pasividad, del acomodo
y la claudicación. No arriaba el alma sus banderas.
Temblaba. Moría en las palabras.

El silencio llenaba todo de fantasmas.
No crecían las rosas ni cruzaban
los pájaros por el cielo amarillo.

Proust conmigo en el mar, en las nubes
y también en el cruce de los dos caminos.
Selva adentro, el temor, el miedo solo. El deseo
de estar como agua quieta,
sin soplo,
ni tormenta alguna. Suspendido, impasible.
Y no por el brumoso Proust,
sino por mí,
por esa manera podrida de vivir,
sin ímpetu ni vuelco,
convertido en fuego cotidiano,
leña que ardía en su propia desnudez.

Todo pasó.
Eso era en aquella época
en que leía a Proust.

DE ALGUNA MANERA

I

Estoy convencido
que de mí surge el Tiempo.
Sin mí, él no es nada.
Mas he tomado nota
hoy que llueve y me mojo los pies
en las afueras de la catedral
que hay algo incomprensible
en este viaje
que inicié sin querer
a contragolpe una mañana de noviembre.

II

Escruto noche a noche. Húndome
en meditaciones. Voy de la ciencia
al misterio. De la lectura nuclear

al evangelio. Rompo símbolos, fórmulas,
ecuaciones y signos que son como desconocidos
planetas. Estudio otros tiempos y otros hombres.
Hago cálculos y anoto profecías.
A mí vienen robots, sacerdotes,
doncellas de primitivas religiones,
sabios y magos a mí vienen con túnicas
sagradas, probetas y tubos de finísimos
cristales. Yo sí los comprendo.
Son el Círculo. Cerrada puerta
por donde pasa el hombre sin regresos.
Anillo que se cierra para siempre.

III

De alguna manera,
no sé si fue en la infancia,
en el lejano entierro de doña Juana
viuda de Vallecillos,
que adiviné esta cosa undívaga
de estar como en vigilia, inquieto,
río que va y viene sin repetirse nunca.
Asombrado. Deslumbrado
del ritmo mismo de la vida. Sin explicarme
la Creación, el milagro del Caos convertido
en ciudades. Sin hallar los eslabones
que quizá no existieron jamás. Y esta
organizada forma de hablar de Dios,
del Hombre,
de los animales,
de las cosas de ayer, de hoy y de mañana.
con la seguridad de que el Tiempo,
medido,
controlado por nuestros bellísimos relojes.
está en nosotros y nosotros en él

y nos camina y lo caminamos. Y somos
tan intensamente lo mismo: la hora, el minuto,
el segundo, la fracción exacta de vida,
la existencia que no se podrá jamás pesar
ni contar, pues sólo nos pertenece
a quienes fuimos el amor,
la pasión que incendió selvas enteras,
y creó los mitos
que nos alimentan, las creencias y los entendimientos,
las ciencias y las religiones,
el poder transformador que nadie nos puede quitar.

IV

Estoy convencido que de mí surge el Tiempo.
No es simplemente que existo. Como la piedra
y el misterio soy indestructible.
A veces, claro, la duda se afirma
y surgen los presentimientos. Y cae
en mí la tormenta de presagios y vaticinios.
Y no puedo doblegar la espiga
ni detener con mis manos el río caudaloso,
mas sé que hay esa Puerta de los Imposibles
y la abro. Y me pierdo. Y amo.
De la noche al alba construyo mis edades.

NUBIL CORZA

Porque has perdido la alegría
y estás desubicada,
ánfora de contenido incierto,
y no concluyes en rosa ni en espina
y andas en las nubes
lluvia que cae y se disuelve
en los caminos.

Porque tiemblas de amor
como las hojas
y no hallas reposo en los espejos
ni en tus rotos cuadernos escolares,
y eres y no eres
la diosa impura que quisieras.

Porque eres el milagro
exacto de la poesía. Y haces crecer

la hierba donde sólo hay escarcha
y miedo. Porque tienes el sortilegio
de la palabra y cabe en el hueco
de tu mano el mundo, tan pequeño.

Porque eres dueña, en fin,
de todo lo que tocas. Y a tu conjuro
la rosa se torna pájaro
y cielos extranjeros. Porque
eres la materia misma del amor,
y, no obstante, temes y huyes
como la núbil corza en primavera.

Porque eres simple y complicada
en ti pueden perderse los sentidos,
encontrarse, de pronto,
mar y fuego,
ceniza y tiempo,
la voz como la dura piedra
del Principio.

Porque eres todo lo soñado, ahora
el sueño carece de sentido.

PRESENTIMIENTO

La morte
si conta
vivendo

Giuseppe Ungaretti.

De pronto el día se me vino abajo. Fardo
de soledad y miedo. No cupo ya en mis manos la energía
ni la serenidad con que afronto las malas noticias.
Me hallé solo en la muchedumbre. Más solo aún
que el aire doblegado en los altos cipreses. Caminé
la noche de mis ayeres imposibles. Y todo era igual a un largo túnel,
sin fechas, ni recuerdos. Apenas una madera flotando en el mar,
ya sin la memoria de las hojas o los pájaros.
El recuento interminable de días y de noches. De vientos del sur
y vientos del norte. Profundidades que sólo yo he medido,
desde mi propia angustia. Hundido como uno de esos
barcos en las botellas que el tiempo guarda en el designio.
Todo olvidado, sin la posibilidad de guardar
la pequeña litografía en la pared, el Rembrandt creo,
y mis lentes encima del libro abierto, amarillas las hojas
como si retuvieran mi amor de tantos años echados a perder.

Todo exacto (madre me había enseñado el movimiento
del tiempo) sin equivocación posible. Dudé

un instante. Guardé mi corbata roja (la que te gustaba entonces)
y despojado de las ropas, de la seriedad acostumbrada,
esperé que llegara la que debía llegar de algún extraño modo.

Eché llave a mis ternuras en el viejo cofre que el abuelo trajo
de no sé qué sueño trunco. Pensé en todo lo vivido sin arrepentimiento.
Yo también había estado. Y ahora me tocaba volver. Y no sabía adonde.

De los espejos brotaban mariposas, caras irreconocibles,
calles y casas que jamás había visto. Pero no era, sin duda,
el momento ni el lugar preciso y una extraña canción me alucinó.

La que había de llegar, la ignorada siempre presentida,
la que vivía en mí tejiendo sus leves telarañas,
no arriaba aún sus velámenes desnudos. La noche rompía
el coro de ángeles deshabitados y conmigo, leal,
la soledad era el refugio contra todos los caminos,
contra la lluvia de hoscos aires convertidos en fuego
elemental. No había llegado la hora, ni era aquél el lugar.
Mis lámparas estaban encendidas: rojo fulgor contra la desesperanza.

INVENTARIO DE SOLEDAD

Hoja en blanco. Noche invertida. Rostro
en la nieve. Memoria. Rosa ciega, en botón.
Miedo. Terror a lo indecible. Miedo solo.
Aventura. Infancia. Bibelots. Carrouseles
disueltos en el aire. Calles que tal vez
recorrimos y están en algún lugar del tiempo
esperando que pasemos por ellas.
Bosque amarillo. Verano en duro invierno.

Violencia en el reposo. Ala sin ave. Pájaro sin vuelo.
Jaula derruida. Persuasión de la Nada.
Altavigilia. Ojos cerrados en el polvo.
Vida que se niega a morir. Ola desesperada.
Arena. Palabra contra el incendio. Amor.
Folio. Infolio. El Todo Indescifrable.
Oscuro. Apretado. Hoja en blanco.
Inventario de Soledad.

INDICE

PAGINA

Esta edición consta de 1,500 ejemplares. Se terminó de imprimir el 9 de junio de 1977, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, Centro América.

OTROS TITULOS
DE NUESTRO CATALOGO:

FRUTA DE FUEGO

Juan Miguel Contreras

EL CORAZON
DE CUATRO ESPEJOS

David Escobar Galindo

SANGRE DE HISPANIA FECUNDA

Hugo Lindo

POESIA FEMENINA
DE EL SALVADOR

Breve Antología

Luis Gallegos Valdés.
David Escobar Galindo

CLAUDIA LARS
SUS MEJORES POEMAS



Poesía lírica, honda, zozobrante y lúcida, que afirma una vocación poética, una línea personal inconfundible. Desde su primer libro ("Biografía del Hombre Triste", Madrid, 1954), señalado por Vicente Aleixandre como un bello y hermoso testimonio, hasta "Puro Asombro" (San Salvador, 1970), López Vallecillos ha manejado una serie de claves y signos propios, contrario a la imitación y la copia fácil. Esta insobornable lealtad a sí mismo, en temas y lenguajes, "lo salva de clasificaciones caprichosas y lo coloca en la corriente de la mejor poesía de habla española contemporánea", según el juicio crítico del uruguayo Angel Rama.

Algunos poemas de López Vallecillos han sido traducidos al inglés, al francés, al italiano.
Y antologías notables, como la de Mario Benedetti: "Los Mejores Poemas de Amor de Hispanoamérica" (Editorial Arca, Montevideo) destacan la obra de López Vallecillos por su singular simplicidad, economía de recursos, depurada y efectiva expresión poética.

